

ESTE volumen quiere servir de pequeño homenaje a una obra del CSIC, la Librería Científica. El aspecto que hoy queremos resaltar es el interés que, primero la Junta para Ampliación de Estudios, y más tarde el CSIC, tuvieron en la publicación de libros y revistas científicas de gran calidad, al que acompañó la preocupación por lograr un ambiente apropiado en todo momento.

Puesta en marcha hace más de medio siglo, su papel en la vida del CSIC sirvió durante muchos años de referente, no solo de escaparate de la actividad científica del mismo. A ello contribuían la calidad de sus publicaciones, y también de un modo relevante, no menor en importancia, la calidad arquitectónica de su espacio destinado al público. Dicho espacio, concebido sabiamente por Miguel Fisac, conservó su completa modernidad, a pesar de haber transcurrido casi sesenta

años desde su construcción. Estas notas precisamente se compusieron a raíz de una afortunada restauración, que tuvo como principal director al propio arquitecto y a la misma empresa que realizó la obra.

Para esta pequeña historia, podemos remontarnos cinco siglos atrás, al comienzo de las bibliotecas como estancias de almacenamiento y consulta o lectura reposada, lo que José Manuel Prieto denominó «el espacio físico de la lectura».¹

Las bibliotecas o *librerías*, como entonces se denominaban, en lo externo cambian poco su carácter a lo largo de los siglos. Mientras durante la mayor parte del siglo XVI se siguió la costumbre medieval de colocar los libros sobre pupitres, se fue generalizando cada vez más dar a la estancia la forma de una sala con armarios abiertos a lo largo de las paredes, donde los libros se situaban en estantes o anaqueles. Estos armarios venían denominándose *cuerpos*, *cajones*, *cajas* o *plúteos*.

¹ José Manuel PRIETO BERNABÉ. *Lectura y lectores: la cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)*. Mérida: Editora de Extremadura, 2004.